

POR LA PAZ MORAL Y POR EL CAMBIO DE SISTEMA

ENRIQUE TIERNO GALVÁN



Discurso pronunciado por el que fue Alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván, en la Proclamación del Año Internacional de la Paz, que tuvo lugar en el Centro Cultural Conde Duque el día 24 de octubre de 1985. Don Enrique Tierno Galván y don Joaquín Ruiz Giménez fueron Presidentes de Honor de la Comisión para la Celebración del Año Internacional de la Paz. Con la publicación de este discurso, cedido cordialmente por la Comisión del Año Internacional de la Paz 1986, CUADERNO GRIS homenajea nuevamente a una de las más destacadas personalidades culturales de nuestro suelo, recordando al mismo tiempo el recién cumplido tercer aniversario de su fallecimiento.

Mis queridos amigos:

Antes de nada, mi admiración y mi agradecimiento por las palabras de nuestro defensor. El Defensor del Pueblo, pueblo somos todos. Gracias por esa exposición lúcida, universal, transparente, clara, que ha puesto en esta sala los grandes temas del problema de la paz al desnudo, a la contemplación de todos (1).

Para no incidir en lo que nuestro común amigo y maestro ha dicho, es conveniente queelijamos una cierta parcela. La paz es evidente que puede ser paz individual, paz con uno mismo, la paz del alma, la paz del espíritu. puede ser paz con los demás, en la buena vecindad, en la concordancia y acuerdo con los otros. Lo temible no es tanto que esta paz se rompa con la violencia individual o la violencia privada, porque antes o después se restaña, se restaña esta violencia y la concordia vuelve a las comunidades municipales, a las comunidades regionales, a los pueblos. Lo temible es que contra la paz, la violencia se constituya en un colectivo institucionalizado. Es decir, que la paz ya no responda a la voluntad de los hombres, sino a la voluntad de las instituciones. Las instituciones a las que fundamentalmente corresponde el decidir o no sobre la paz son los altos poderes definitorios, llámense como se quieran. Los podemos llamar para entendernos, los Estados.

Si los Estados, en cuanto tales Estados, en cuanto instituciones, no tienen vocación por la paz, y prefieren, por una razón u otra, o se les impone, la guerra, poco, poco inmediatamente podemos hacer los individuos. Lentamente sí. Nuestra contribución es una contribución molécula a molécula, grano a grano, parte mínima a parte mínima va construyendo una montaña. En este sentido, la acción de todos desde hace treinta años ha sido poderosa: libros, folletos, conferencias, reuniones. En todos los países del mundo que tienen un cierto nivel de desarrollo se ha producido un movimiento universal popular por la paz. Pero, si

las grandes y desnudas potencias, los leviatanes, por una razón u otra, están obligados a la guerra o buscan la guerra, ¿qué podemos hacer? De aquí que el gran problema esté en la relación violencia-Estado, debajo de la cual existe ese otro problema también agobiante de violencia-hombre.

Pero lo que preocupó, porque el problema se vio hace siglos, lo que preocupó es que los Estados volvieresen a una situación que pudiéramos llamar natural, que los Estados luchasen entre sí salvajemente, que no tuviesen ninguna normativa que los cubriera, que estuviesen como imaginamos, novelescamente con frecuencia, que está el salvaje en la selva, ojo avizor, sin criterio ninguno, buscando al enemigo para matarle. Y esto se vio pronto, relativamente pronto. Se vio pronto por la experiencia histórica y los textos. Lo vieron fundamentalmente los escolásticos españoles. Ellos sabían, sabían porque había literatura bastante para conocer el problema, que durante siglos no había sido la guerra una interrupción de la paz, sino había sido la paz una interrupción de la guerra. En la mente de los grandes escritores romanos, sobre todo del siglo I y II, particularmente en Tácito, la idea está clara ¡ojalá tengamos unos años de paz! Porque la guerra envolvía, envolvía la cultura romana. Cuando impusieron su paz, cuando impusieron la civilización, ya era tarde, ya era tarde, ya estaban amenazados por nuevos enemigos. La larga Edad Media; la larga Edad Media, también estuvo dominada por el criterio de que la guerra es lo principal, lo que predomina; moralmente es la paz, pero lo que predomina es la guerra entre los Estados. La paz es una coyuntura más o menos larga en un mundo de constantes guerras. El espacio en que Europa no ha tenido guerras, Europa, el más largo espacio ha sido de cincuenta años. En todos los países que ahora constituyen lo que llamamos el ámbito occidental, las guerras internas y externas existieron

La apreciación de los más inteligentes y capaces, sobre todo de Francisco de Vitoria, fue una apreciación de singular agudeza, de singular talento: No podemos dejar que los Estados, como los gigantes barrocos, con la clava en la mano se disputen a garrotazos unos contra otros el botín. A estos salvajes, a estos Estados salvajes, a estos colectivos salvajes hay que limitarlos. Es decir, el poder internacional necesita una limitación, lo mismo que limitamos el poder de los ciudadanos y decimos, porque usted sea más fuerte no puede agredir al más débil ni apalearlo, o porque usted sea el más fuerte no puede romper una puerta, entrar en una casa y robar, hay Leyes. Pues lo mismo que se

(1) Se refiere al discurso pronunciado por don Joaquín Ruiz Giménez, Defensor del Pueblo, en la Proclamación del Año Internacional de la Paz, proclamación que tuvo lugar en el Centro Cultural Conde Duque el Día 24 de octubre de 1985. Don Joaquín Ruiz Giménez y don Enrique Tierno Galván fueron Presidentes de Honor de la Comisión para la Celebración del Año Internacional de la Paz.

había acabado con el principio selvático de el hombre es lobo para el hombre, había que acabar con el principio selvático de el Estado es lobo para el Estado. La Iglesia lo había intentado, pero la constante relación entre Iglesia y Poder Secular no había permitido que estos intentos llegasen a ninguna consecuencia clara ni sólida. Vitoria dice: pongamos límites al poder de los Estados. Mientras no pongamos límites al poder de los Estados, el peligro estará siempre sobre nosotros. Y vino a decir entre líneas en la lección sobre las Indias recién descubiertas, vino a decir en este sentido: un Estado sin limitaciones es el peor enemigo para el hombre.

Y, llevándolo a la práctica y a la situación actual, un Estado que viola las normas internacionales, que no hace caso de ellas, que no declara la guerra, que se introduce en la soberanía de otros Estados, que no respeta el ámbito aéreo de los Estados, que llega a un Estado amigo y bombardea en una llamada expedición de castigo, es un acto pirático que demuestra que no existen esas limitaciones al poder del Estado que Vitoria incluyó y que hemos estado durante cinco siglos los juristas construyendo. O cuando se desvía un avión únicamente por la fuerza, se le lleva a las bases propias y no se da ninguna explicación convincente. Habría que volver a la fábula, cuando el animal medroso le preguntaba al león: ¿pero por qué me vas a quitar la comida? y la respuesta era: "quí as nomine leo", porque me llamo león. Esto es lo que Vitoria no quería, y así hemos estado luchando y hemos ido consiguiendo que se estableciese un sistema internacional de reglas que limitase a los Estados. Un sistema de normas sobre el poder de los Estados.

Con optimismo, con optimismo, hacia los años treinta se creía que eso estaba logrado o que se iba a lograr. Se hicieron esfuerzos porque la Sociedad de las Naciones fuese la institución que sobre los Estados limitase el poder selvático de los Estados. Después hubo que hacer miles de concesiones, como saben, y la ONU intentó modestamente ese papel, pero no se ha logrado. El Derecho Internacional ha caído; hoy no tenemos propiamente Derecho Internacional Público, tenemos una serie de pactos bilaterales que resuelven cuestiones administrativas.

Pero si los poderosos o los protegidos de los poderosos quisieran invadir un territorio, castigarlo, bombardearlo, dejar caer los paracaidistas, ocuparlo, en torno habría un gran silencio; porque lo único que habla y dice son las armas, las poderosas armas.

Ese poder selvático que ahora, que hasta ahora va rompiendo lenta e inexorablemente las normas sin respetar ninguna; el Derecho es para ellos un pretexto para violar el Derecho. ¿Qué podemos hacer?

Es una pregunta difícil. La respuesta que normalmente se da es la de: vamos a trabajar todos por la paz. Es una magnífica respuesta: la respuesta moral que nos ha explicado mi querido y entrañable amigo el doctor Ruiz Giménez. Es verdad que tenemos la obligación moral de trabajar por la paz —no quiero emplear el término luchar por la paz porque ya sería meter ahí una connotación bélica—, pero tendremos siglos. Es verdad que puede llegar un momento en que los pueblos se nieguen y recurran a la pasividad extrema y no se pueda movilizar a nadie; pero no es menos cierto que cada vez hace menos falta la colaboración del pueblo. Las armas convencionales se van a emplear muy poco, hasta ahora son armas de distracción, son armas de distracción cuando las verdaderas armas están ahí amenazando, ocultas, y apenas necesitan más que unos técnicos para dirigir los misiles mortales, los proyectiles dirigidos a los países hacia los que vayan encaminados. Nuestra lucha tiene que ser una lucha en el ámbito internacional y en el ámbito de las instituciones y, sobre todo, saber si esta pelea responde a nuestro trabajo, al trabajo que estamos haciendo: en el qué hacer para que los Estados dejen de ser un peligro para los hombres. Nunca se ha visto más claro esto.

Los Estados son en este orden de cosas nuestros enemigos. Porque hay una voz general y de todos los seres humanos que se alza frente a los Estados y les dice: ¿y por qué la guerra? Pero los Estados frente a los hombres, frente al ser humano, gritan guerras y hemos de callarnos. Y es posible que nos lleven a una hecatombe universal, contra nuestra voluntad, simplemente por la voluntad del Estado y unos cuantos que manejan el poder del Estado.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? Porque en las guerras clásicas, el Estado de una manera u otra conectaba con el pueblo; porque el Estado venía a significar la nación, y el Estado alzaba la enseña nacional y decía pues "por nuestro honor", "por la defensa de nuestro territorio", "por defendernos de una humillación", y conectaba con el pueblo, porque el pueblo se entusiasmaba y moría por Francia, moría por España, moría por Alemania. Pero eso se ha acabado, en gran parte se ha acabado. Ya es difícil movilizar así a los pueblos, porque entienden que la mayor parte de esos problemas no exigen insignias



elaboradas que representen símbolos que a su vez nos azucen a matar a otros. Es difícil ya movilizar a un pueblo desde este punto de vista, por lo menos a los pueblos desarrollados, con cierto nivel cultural. Es el Estado el que en contra del pueblo busca la guerra. ¿Cómo se ha podido llegar a esta situación anómala en que el Estado, que ha de ser nuestro protector, que ha de ser la emanación del pueblo y de la soberanía popular institucionalmente elaborada para regirnos luego ordenadamente, cómo es posible que el Estado se haya convertido en nuestro enemigo? Y es nuestro enemigo, querámoslo o no. Los grandes Estados son los enemigos de los hombres, los que están buscando nuestra destrucción.

¿Cómo se ha llegado a esta situación?

Es un fenómeno más producido por el proceso económico-industrial de Occidente. Por lo que es el declinar de Occidente. Ya estaba previsto: la gran concentración del control financiero —no la vieja fórmula del control del capital, sino del control financiero—: El mantener grandes industrias que puedan sostener una demanda continua con una oferta continua y cada vez más acelerada; la necesidad de prodigar el malestar interno, de sostener un nivel de vida sin el cual los ciudadanos podrían ser peligrosos, el sostener las tecnologías y la industria... En resumen, el mantener cada día más activa una industria que es la industria de guerra, que está haciéndose la dueña de una gran parte de los recursos naturales de los países, ha llevado a los grandes Estados, concretísimamente a Estados Unidos, a no poder defender la paz, sino a tener que sostener la guerra o la amenaza de la guerra como un pretexto para que continúe "la gran producción". Esa enorme cantidad, esos millones de americanos que viven de la maquinaria bélica y que producen continuamente armas destructoras que se venden a otros países. Quiere, pues, esto decir que el problema de la guerra en sentido colectivo, y por lo tanto la consecución de la paz, radica en un cambio de sistema: En tanto en cuanto, bien por una reforma interior —difícilísima,

pero que no debemos descartar como hipótesis de trabajo—; bien porque el cambio esté obligado por una crisis que no se pueda ya vencer; bien porque se multipliquen las revoluciones porque la concentración de medios financieros y de una clase dominante cada vez más estrecha lleve a un sistema nuevamente feudal. Bien por una razón u otra, el sistema en su declinación y periclitamiento será el que evite la guerra y traiga la paz. Mientras el sistema siga siendo este sistema, o un sistema radicalmente injusto que sobrevive en los países ricos merced a los países pobres, que alimenta guerras civiles e internacionales para poder sostenerse mejor y para poder adueñarse de materias primas y para poder instalar sus propios medios de producción para obtener los beneficios directos, mientras el sistema sea el sistema, la paz estará siempre en peligro.

Trabajemos por la paz, por la paz moral, espléndidamente expuesta y defendida por Ruiz Giménez, pensemos que esto es bueno, sano y obligado. Trabajemos por la paz internacional considerando que no depende de los hombres, sino de los Estados, y que los grandes Estados por el proceso de la industria bélica están casi condicionados a aumentar sus productos militares y a seguir teniendo la guerra como horizonte y no la paz como horizonte. A cualquiera de los halcones que dirigen los grandes Estados se les pregunta: ¿pueden ustedes cambiar y en lugar de decir la guerra nos amenaza y hemos de prepararnos, pueden ustedes decir la guerra ya no es una amenaza y tenemos que comenzar a dismantelar por la paz? La respuesta sería: "eso en parte es nuestra ruina". De ahí las enormes dificultades, y de ahí que tengamos que ser, si no pesimistas, por lo menos claros y no visionarios. Ver pero sin macular la visión con elementos imaginarios. Mientras el sistema sea el sistema, la paz estará siempre en peligro. Hay que trabajar por dos cosas: **POR LA PAZ MORAL Y POR EL CAMBIO DEL SISTEMA.**

Muchas gracias.

